

Enrique
González Rojo

Con Enrique González Rojo

Por Elena Urrutia

Enrique González Rojo nació en 1928 en la ciudad de México. Estudió filosofía en la UNAM, en donde es investigador y maestro de tiempo completo. Su obra publicada consta de ensayos y poesía: *Para leer a Althusser* (Diógenes, 1974); *Teoría científica de la historia* y *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y del trabajo manual*, en prensa. Tiene en preparación una monografía sobre *La acumulación del capital* y *La revolución familiar*, así **como** un nuevo libro de poesía: *Tres compartimentos del espíritu*. De sus libros de poesía, además de varias publicaciones anteriores *que* el autor considera como pertenecientes a la prehistoria, ha publicado *Para deletrear el infinito* (Cuadernos americanos, 1972), *El antiguo relato del principio* y otros poemas (Diógenes, 1975) y *El quíntuple balar de mis sentidos* o "El monstruo y otras mariposas" (Joaquín Mortiz, 1976); este último le valió el premio Villaurrutia del año.

Enrique, el extenso poema que publicaste en 1972 *Para deletrear el infinito*, lo convertiste en un programa de toda tu actividad literaria "presente y futura". ¿Incluye este programa, además de tu obra poética, la obra narrativa y los ensayos? ¿No sientes de alguna manera que *un* programa planteado hace varios años te constriñe?

—En realidad, yo pensé en *Para deletrear el infinito* como un programa esencialmente poético; un programa donde puede existir la prosa (la sección del libro que trata de "El quíntuple balar de mis sentidos" está en prosa, prosa poética), un programa poético que incluye prosa poética que está excluido de él lo que

podríamos llamar mis ensayos de cuestiones políticas, históricas, filosóficas. En la actualidad, y en lo que a los ensayos se refiere, estoy trabajando en función de otro programa: me interesa llevar a cabo una serie de textos alrededor de lo que he llamado "La revolución articulada"; en esta dirección, además del libro *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y del trabajo manual*, que va a publicar Grijalbo, y *La revolución familiar*, que está en preparación, me interesa escribir otros libros sobre la "Revolución educativa", la "Revolución científica", etcétera.

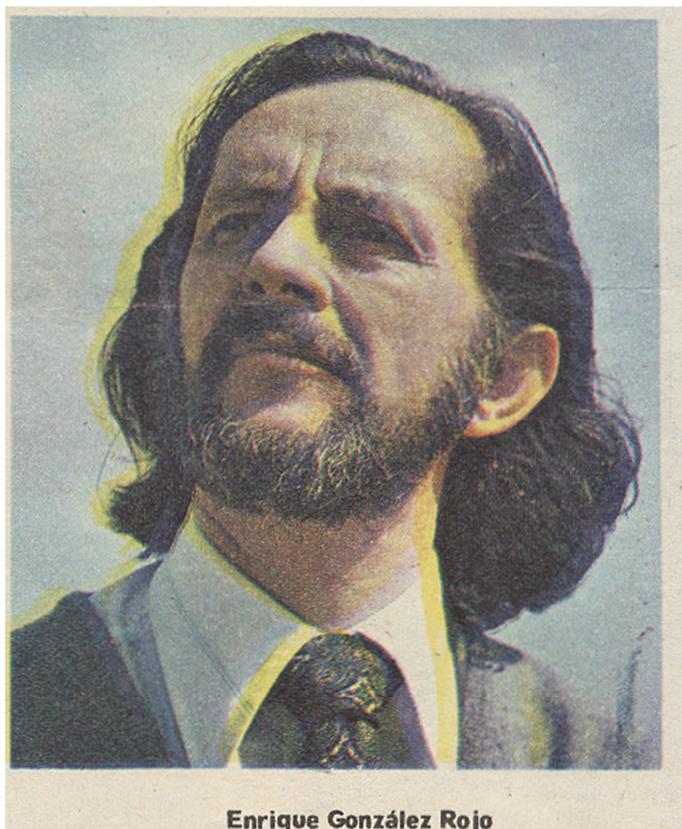
Hasta este momento no he sentido que el programa me constriña, sino al revés, que me sirve como un aliciente y una motivación, y la razón de esto es que el programa es muy general, de tal manera que el tratamiento puede ser muy diverso. Generalmente los poetas elaboran sus creaciones como reflejo de una circunstancia inmediata, lo cual es muy legítimo, y en ocasiones emplean el procedimiento que yo utilizo. El poeta lírico reproduce en sus poemas estados de ánimo, amores, conflictos, etcétera, pero yo he encontrado otra fuente de inspiración: la de un proyecto ambicioso que me sirve de acicate para estar constantemente escribiendo y tratando de renovarme.

Encuentras, Enrique, que puede haber una enorme carga de soberbia en ese intento de deletrear el infinito? O bien, ¿que es trivializarlo pretender contenerlo en unos cuantos libros?

—Buena, es una soberbia indiscutiblemente, pero una soberbia que se frustra a sí misma; un impulso con las alas rotas; una conciencia de la frustración. Tú te acuerdas que en el prólogo que hice a **El antiguo relato del principio**, muestro como el afán de deletrear el infinito —que es una preocupación muy humana, ¿no?— está destinado al fracaso, sobre todo porque es un contrasentido que un ser finito delecte el infinito.

—**En tu poema "Razones de seguridad", publicado en el libro *El antiguo relato del principio y otros poemas*, dices al final que los**

agentes pueden serlo todo menos lectores de poesía. ¿Quién crees que lea poesía, Enrique?



Enrique González Rojo

—Yo diría que son sectores muy reducidos de la intelectualidad. Los de poesía son los libros que menos se venden entre los de creación literaria, pero a pesar de esta escasez de lectores, los poetas están interesados en ampliar cada vez más el círculo de éstos.

—¿Volviéndose cada vez más herméticos y más ininteligibles?

—Yo no respondería a tu pregunta pretendiendo traducir el punto de vista de todos los poetas; te respondo con mi punto de vista. Me interesa una poesía que de algún modo haga vibrar a los lectores con lo que a mí me hace vibrar. No puedo estar entonces a favor de una poesía hermética. La masturbación pertenece a la adolescencia literaria. Si en una palabra quisiéramos encontrar cristalizada la intención general de mi poesía, ésta sería la

comunicación.

—El título de tu último poemario (como a ti te gusta decir, Enrique) *El quíntuple balar de mis sentidos*, que te valió precisamente el premio Villaurrutia, es extraño. ¿Por qué? Ya sé que corresponde al título del quinto canto de tu libro *Para deletrear el infinito*, pero, ¿por qué ese y no el subtítulo que tiene "El monstruo y otras mariposas"? Me parece que corresponde más este último con el contenido del poema.

Preocupación Humana

—Sobre esto hay mucho que decir: el título es en realidad un verso de mí abuelo. En el libro **Para deletrear el infinito** el canto quinto lleva el título, en efecto, de "El quíntuple balar de mis sentidos" y en él se muestran las delicias y las torturas que es susceptible de recibir la sensibilidad humana. En el libro premiado existe un título y un subtítulo. El título **El quíntuple balar de mis sentidos** alude a la relación sensorial del hombre con su medio ambiente y al desamparo animal de los sentidos frente al infinito; el subtítulo "El monstruo y otras mariposas" se refiere a lo que este allende los sentidos, o mejor, lo que este más allá y más acá de los sentidos: a la naturaleza, a las leyes naturales, al cuerpo, al inconsciente; en fin, a todo lo que discurre a nuestras espaldas y en medida muy importante, independientemente de nuestra voluntad.

Tú decías, Elena, en la nota que hiciste a este libro cuando apareció, que de alguna manera este quinto canto convertido en libro se relaciona con "La bestia" del canto segundo; aunque yo no lo había pensado así probablemente tienes razón, como lo demuestra el hecho no sólo de la presencia del monstruo y las otras mariposas, sino también de la forma bestial de quejarse de los sentidos.

—¿Dónde quedaron, Enrique, tus metáforas, los juegos de palabras, la transformación inusitada de la frase hecha, del lugar común, la agilidad y agudeza de ingenio, la ironía de tus libros anteriores?

—Este es un libro doloroso, conflictivo, autobiográfico. Una temática así me tuvo que conducir a una cierta modificación del material poético. El lenguaje es más directo, más iracundo, más descarnado. Pero no creo que se haya prescindido de un cierto estilo de metaforización y de los otros elementos que tú señalas y que me han caracterizado desde el libro de 1972. Probablemente las imágenes, metáforas, los juegos de palabras y las ironías que aparecen en este poema, se diferencien de los pasados en que están rigurosamente en función de la totalidad, mientras que en mis libros anteriores (residuo quizá del "poeticismo") estaban con frecuencia enamorados de sí mismos y como organismos independientes del todo orgánico

—El "poeticismo" lo propusieron Eduardo Lizalde, Marco Antonio Montes de Oca y tú. ¿En qué consistía?

—Fue una corriente literaria que iniciamos siendo muy jóvenes, muy inexpertos, muy apasionados. Se basaba en tres divisas: originalidad, complejidad y claridad; intentaba analizar la técnica estructural de los tipos fundamentales de imágenes y metáforas.

—Tu formación filosófica, tus ensayos y enseñanza de la filosofía por un lado y tu formación y militancia política por otro, ¿de qué forma se integran con tu poesía? En algún lugar señalabas el riesgo, en la poesía que incluye estos elementos, de volverse didáctica si lo primero, o panfletaria si lo segundo. ¿Cómo sorteas estos escollos?

—Las preocupaciones filosóficas y políticas hacen acto de presencia en mi poesía como otras preocupaciones. No me interesa la difusión filosófica ni la propaganda política; me

preocupa hablar de ello, son temas míos, son inquietudes propias, partes importantes que conforman el mosaico de mi intelectualidad.

—**Enrique, ¿podrías hablar *un poco del monstruo del libro El quíntuple balar de mis sentidos, de ese animal que no es tuyo solamente, que "es la bestia de todos"? ¿Y de las mariposas o los amores, que toman de este insecto, según parece, su calidad fugaz, su futilidad?***

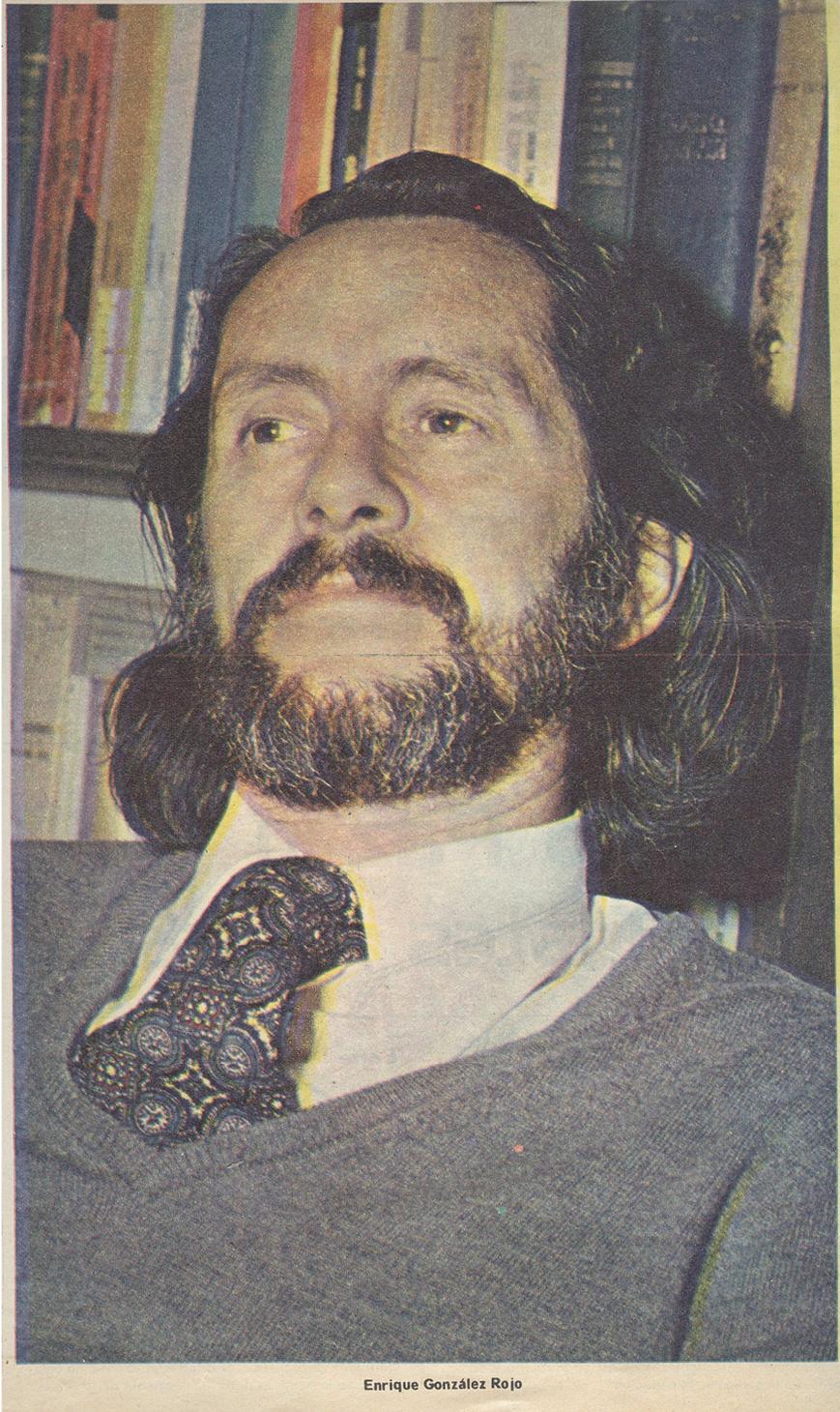
—Más allá del mundo inmediato, de ese mundo que capta **El quíntuple balar de mis sentidos** esta la madriguera del monstruo. Sé de él por una serie de actos violentos, imprevistos, dolorosos. Sé de él a través de una llamada telefónica, una noticia sorpresiva, una muerte inesperada. Vive a mis espaldas, en el punto trasero de mis ojos. No puedo, a ciencia cierta, prever su actuación y esto hace que me angustie e intente ingenuamente salir en su busca, ir en safari del monstruo. Pero el monstruo también hace acto de presencia transmutándose en mariposas (de ahí el nombre un tanto extraño de "El monstruo y otras mariposas"). Estas no son solo amores efímeros, como tú has creído, sino todas las modalidades amables y sorpresivas con que se presenta el mismo monstruo: un encuentro imprevisto, una conversación profunda, un beso inesperado.

—**¿Y sientes, Enrique, que de alguna manera lo has logrado conjurar?**

—Es un poema complejo. ¿Qué es el monstruo? ¿Qué las otras mariposas? Hay por lo pronto dos respuestas: primero, que el monstruo es la materia y segundo que el monstruo es el infinito; por eso en un momento dado hablo de "deletrear al enemigo". Mi idea es que no se puede conjurar al monstruo.

—**Pero el nombrar lo innominado, ¿no es en cierta forma señorearlo?**

—Es identificarlo para saber fría, escueta, realistamente a qué atenerse. No es un poema pesimista, a pesar de las apariencias. Es un poema donde se manifiesta mi concepción del mundo materialista.



Enrique González Rojo

Periódico “El Sol de México”, 13 de febrero de 1977